

# Irresistible

Conchi Liébana García



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#irresistible

**Colección:** Tombooktu Erótica  
[www.erotica.tombooktu.com](http://www.erotica.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

[www.facebook.com/editortombooktu](https://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** Irresistible

**Autor:** © Conchi Liébana García

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez

**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid

**Diseño de cubierta:** eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN Papel:** 978-84-15747-47-5

**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-613-5

**ISBN Digital:** 978-84-9967-614-2

**Fecha de publicación:** Mayo 2014

Impreso en España

**Imprime:** Servicepoint

**Depósito legal:** M-8657-2014

Vivir gozosamente es el mejor cosmético de la mujer.  
Rosalind Russell

El adulterio es justificable: el alma necesita pocas cosas;  
el cuerpo, muchas.  
George Herbert

# Índice



Capítulo 1 .....	11
Capítulo 2 .....	23
Capítulo 3 .....	35
Capítulo 4 .....	53
Capítulo 5 .....	71
Capítulo 6 .....	87
Capítulo 7 .....	105
Capítulo 8 .....	123
Capítulo 9 .....	149
Capítulo 10 .....	165
Capítulo 11 .....	189
Capítulo 12 .....	195
Capítulo 13 .....	213
Capítulo 14 .....	229
Capítulo 15 .....	237
Capítulo 16 .....	255
Epílogo .....	263

# 1



La piel se le erizaba de manera ininterrumpida y los suspiros se sucedían de manera imparable. Anhelaba salir de allí por encima de cualquier otra cosa. El deseo se apoderaba de ella con una magnitud que no podía ser comparada con nada. Era tenaz la angustia que recorría la filigrana de sus dedos; el rumor de su latencia, las pulsaciones percibidas a la altura de las sienes. Todo en ella invitaba a salir corriendo, y eso era precisamente lo que quería, pero hasta que eso llegara tenía que ser paciente, aguardar bajo una sonrisa a todas luces ensayada durante minutos delante del espejo y convencerse a sí misma de que era una mujer excepcional.

La reunión se había alargado hasta lo indecible, y nadie era capaz de lidiar con esa eterna lucha interna por mantener constante la atención y el ensimismamiento artificial de parecer interesado en lo que el señor Harris decía. Era un hombre poderoso, con el pelo blanquecino y un gran historial de triunfos a sus espaldas. Se definía como una persona triunfadora y dueño de la compañía, pero a ella no le importaba lo más mínimo. Era una de sus asesoras y permanecía allí por los incentivos, pero de buena tinta se habría levantado antes de empezar para ahorrarse todo aquel discurso que no motivaba a nadie.

Allí seguía; quieta, dócil, sumisa y dispersa, sentada en su propio sillón de cuero negro junto con los demás profesionales presentes en la sala de reuniones, aquel cubículo con paredes de cristal y ventanales enormes que mostraban los rascacielos

más imponentes de la ciudad de Nueva York. Su vestimenta era propia de una alta ejecutiva, con tacones altos, falda de tubo negra y blusa blanca abierta hasta un límite permitido. Era íntimamente atractiva, todo el mundo lo sabía y daba buena cuenta de ello. Su pelo castaño rojizo, que alcanzaba una longitud media, resaltaba a primera vista, y sus ojos mostraban un color a medio camino entre el verde y el azul. Su piel era delicada y clara. Sus labios eran finos y rosados. Tenía una figura esbelta y cuidada propiciada por horas de gimnasio nada más levantarse de la cama.

Había adquirido una fama poco habitual, asaltada por multitud de ojos de compañeros tanto de género masculino como femenino. Su sombra felina despuntaba énfasis para alcanzar el éxito, y las habladurías sobre su persona no dejaban de resaltar entre las paredes de la empresa. Unos decían que se acostaba con los hombres de más nivel; otros se limitaban a enfrascarse en un ritual de apuestas para certificar que era el tipo de mujer sin escrúpulos que estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para aspirar a lo más alto. Podía hacer eso y mucho más, pero lo cierto era que Erika Osborn prefería extralimitarse con otro individuo allí presente, callado, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Alto, pelo corto y rubio, facciones marcadas, hombros anchos, de ojos azules muy claros, sonrisa más que deslumbrante y un porte inigualable. Sí, desde luego con él todo era más sencillo. Había perdido la cabeza por acercársele, y cuando todo comenzó, se dio cuenta que no le importaba rebajarse si a cambio conseguía atención por su parte. Vestía con ese elegante traje azul oscuro con corbata a juego que a Erika tanto le gustaba. Ese hombre tenía muchas cualidades para gustar, engatusar y obsesionar, pero a ella le atraía la fuerza contenida de su cuerpo, el vaivén de sus emociones y un sinfín más de aspectos indescriptibles. Por eso mantenía una aventura irresistible con él, Cameron Moore, de treinta y cinco años de edad y las ideas más claras de lo que nadie pudiera imaginar.

Evitaban mirarse más de lo debido, pero a veces la tensión resultante entre ambos era tan eléctrica que no podían con ella; sencillamente sus ojos conectaban y, a partir de ese momento, todo lo demás dejaba de tener cabida en sus mentes. Acorralados por el furor y el deseo ciego de sentirse cerca, sus respectivas

pieles vibraban como si el mundo fuera a acabarse de manera inminente.

Erika volvió a la realidad cuando el señor Harris dio por concluida la reunión. Todos se levantaron y ella hizo lo propio, alisándose disimuladamente la falda y comenzando a moverse de forma tan sensual que todos sus compañeros masculinos rodaron sus ojos descaradamente para observar semejante espectáculo de piernas largas y frenesí incomparable. Se hizo paso tan bien como pudo y alargó la mano para asir el asa de la puerta de cristal de la sala, pero alguien se lo impidió. Ladeó la cabeza para averiguar quién era y no pudo evitar sentir una tensión agradable a la altura del vientre.

Esos ojos azules se le clavaban en su alma, y con todo el dolor del mundo, no tuvo más remedio que disimular.

—Señorita Osborn —murmuró Cameron, abriéndole la puerta con una caballerosidad nada habitual en los demás—, después de usted.

Complacida, se contoneó hacia el pasillo y tomó rumbo hacia los ascensores. Después, mientras esperaba a que las puertas dobles de acero se cerraran con ella dentro, pudo volver a encontrar esa mirada que encendía su corazón en un instante. Se relamió los labios y trató por todos los medios de calmar su agitada respiración, propia de aquellas adolescentes que perdían el control por saberse el centro de atención por un fugaz segundo. Se revolvió el cabello mientras bajaba los pisos con gran velocidad. Nadie había solicitado la parada del ascensor, así que no tardó demasiado en llegar abajo. Accedió al aparcamiento y caminó hacia su coche mientras el eco de sus tacones retumbaba por todo el perímetro de asfalto. Estaba cansada, pero mantenía un rumor constante de energía extra sabiendo lo que le aguardaba al final del día. Obtendría una grata recompensa que sobrepasaría todo lo establecido. Resultaría absolutamente complacida. Siempre obtenía exactamente lo que quería, y en mitad de ese solitario estacionamiento, sonrió por ello.

Abrió con delicadeza la puerta de su exclusivo Mercedes SLR 722 de color negro y suspiró. Justo antes de meterse dentro, y ante un vistazo casual, se dio cuenta de que había un pequeño trozo de papel sujeto en el parabrisas de la luna delantera. Dio un paso y alargó el brazo para cogerlo. Su vitalidad se removió

enormemente al procesar el pequeño mensaje que, si bien no era extenso, abarcada todo un abanico amplio de posibilidades con sólo leer entre líneas.

Pasaron varios minutos, pero ella todavía seguía allí. Decidió echarle un último vistazo a la nota antes de abandonar el lugar. Sus ojos recorrieron rápidamente cada una de esas letras sigilosas y mudas escritas de puño y letra por su admirador más profundo y secreto:

«Te espero a la misma hora, en el mismo sitio y con las mismas ganas».

Tú ya sabes quién.

Suspiró como alguien que no tiene nada que perder y se sentó justo delante del volante. Arrancó el voraz motor y dio vida a todos esos caballos que hacían de su vehículo una verdadera joya sobre ruedas. Giró varias veces hasta dar con la salida, y la luz de media tarde de Manhattan pareció darle la bienvenida a la ciudad, aunque no la había abandonado en ningún momento, pero ahora adoptaba un semblante más ocioso, y todo porque tenía en mente un arsenal de emociones palpitantes y a punto de explotar.

Se dirigió rápidamente a su apartamento de la Quinta Avenida, y cuando cruzó el umbral dejó la chaqueta y el bolso en una silla y comenzó a desvestirse para acceder a su amplio cuarto de baño, un espacio totalmente pulido de color blanco, aséptico y neutral. Se quedó observándose en el alargado espejo en forma de elipse y se mordió el labio pensando que, en tan sólo unas horas, su boca estaría ocupada con otra, su premio de consolución para ese duro día de trabajo y negocios en la capital del mundo.

El agua caliente le relajó los músculos y despejó la tensión de sus hombros. Dejó salir el aire y sumergió todo su cuerpo bajo ese líquido transparente. Adoraba los baños largos, con mucha espuma, sobre todo porque eran los precedentes para otro día inolvidable que ya quedaría grabado a fuego en sus neuronas. Volvió a respirar el aire y se acarició el brazo, deseando profundamente que fuera Cameron quien lo hiciera. Le atraía de una manera sin precedentes. Había estado con muchos hombres,



incluso estuvo al borde del matrimonio, pero todo eso no era para ella. Le gustaba vivir al límite y lo sabía apreciar todo lo bien que podía. Su lista de conquistas y amantes era bien numerosa, pero desde que le conoció, hacía ya algo más de un año, las cosas habían cambiado. Se consideraba abierta a todas las posibilidades, pero desde que descubrió a ese hombre rubio de talento magistral, tanto en lo íntimo como en lo profesional, zanjó de golpe todas las demás relaciones de noches continuas de encuentros pasionales. Había dejado de estar disponible, y aunque no les ataba ningún compromiso verdaderamente serio, se resistía a dejar de verle. No podía; era como una droga, la medicina diaria para hacer que perdiera los papeles. Sucumbía de manera permanente en cada uno de sus encuentros. Haría lo que fuera por mantener esa relación clandestina. Lo llevaban con toda la discreción posible. Nadie podía enterarse de lo suyo, ya que perderían más de lo esperado. En el trabajo probablemente abrirían una fisura sin retorno, pero en el terreno personal las cosas se desatarían con mayor énfasis. No era por Erika; seguía soltera y así era como se veía en el futuro, sin el obstáculo de darle explicaciones a nadie. El verdadero origen de la quiebra recaía directamente sobre Cameron; estaba casado desde hacía nueve años y tenía un hijo, Tommy, de seis. Nada podía salir mal, pero antes que preocuparse, decidió seguir relajándose antes de que el agua acabara por perder su temperatura ideal.

El reloj de pared dio las seis de la tarde y Erika ya estaba preparada para el siguiente paso. Había llamado a su amiga Bellatrix para que fuera a su apartamento y le diera su ya tan acostumbrado arsenal de masajes que le darían a su cuerpo un toque diferente y todavía más succulento. Esa era la regla de oro. Un encuentro con Cameron suponía un masaje reconstituyente. Ese día lo necesitaba con especial urgencia. Las manos expertas de su amiga de toda la vida le dejarían el cuerpo como nuevo. Eso era un aliciente a tener en cuenta.

Estaba en la habitación acondicionada para ello cuando la puerta principal se abrió. No había ninguna duda de quién era. Su amiga tenía un juego de llaves del apartamento por si lo necesitaba en cualquier momento. Se escucharon sonidos de pasos que se acercaban. La figura que apareció tras la puerta corredera de la estancia era muy peculiar. Bellatrix era alta, de compleción

muy delgada y con un aspecto particular. Pelo negro y cortado a capas, un pequeño aro en la nariz, sombras negras en los párpados y ojos oscuros. Vestía completamente de negro, y aunque a primera vista no resultaba gratificante, lo cierto es que era encantadora. Tenía veintiséis años, aunque aparentaba unos cuantos menos.

—Buenas tardes, Bellatrix —saludó Erika, dándole un caluroso abrazo.

—Hola, Erika. —Le guiñó un ojo—. Me parece que son más buenas para ti que para mí, ¿no es cierto?

Se pusieron manos a la obra. Erika había puesto música clásica de fondo porque era algo que le ayudaba a relajarse. Se servía del talento inmortal de Mozart para silenciar sus propios pensamientos. Se quitó el fino albornoz blanco y se tumbó desnuda sobre la camilla, bocabajo, respirando de forma más lenta.

Bellatrix se empapó las manos con aceites extremadamente caros y comenzó con la tarea. Sus manos expertas se movieron con especialidad sobre la espalda llena de tensiones y nudos inapropiados.

—Me parece que alguien ha tenido un duro día de trabajo.

—No sabes cuánto —gruñó Erika—. La reunión de última hora se ha alargado más de lo previsto y nadie ha podido escaparse.

—¿Otra vez el señor Harris dando la lata?

—Peor. Me cae bien, pero a veces no puede evitar ser un auténtico capullo —espetó—. Se pasa el día recordándonos lo bueno que fue.

—¿Acaso ya no lo es?

—Sí, por supuesto, pero admitámoslo. Ya no es un niño. Tiene setenta años, y por muy bien que tenga la cabeza, la edad pasa factura.

—Hablando de edad...

—¿Qué?

—Vamos, conmigo no disimules. Hay alguien en esta habitación que mañana cumplirá un año más, y creo recordar que no soy yo —rio Bellatrix.

—No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo. Estoy a punto de cumplir veintinueve años —sonrió Erika desde su posición.

—Oh, Erika, por el amor de Dios. No lo digas así. Eres preciosa y lo vas a seguir siendo. La edad no tiene nada que ver.

—Sí, pero hecho la vista atrás y...

—Nada de eso. Tienes que mirar hacia adelante, ¿cuándo aprenderás? —Bajó las manos a la zona lumbar y siguió el masaje—. Tienes una vida ejemplar. Eres responsable y muy profesional. Ojalá fuera como tú.

—No digas tonterías, Bella.

—Por cierto, me avergüenza admitirlo, pero no te he comprado nada...

—¿Bromeas? No necesito que lo hagas —apuntó—. Eres mi mejor amiga.

—Precisamente. Las buenas amigas no hacen eso. No olvidan los cumpleaños.

—No lo has hecho. Es más, te has adelantado, así que olvídate de eso. Estos masajes son lo mejor que me puedes dar.

Estuvieron en silencio durante un par de minutos mientras ambas seguían a lo suyo, enfrascadas en sus propios pensamientos. Erika no dejaba de sentir el ligero roce de los nervios, que lejos de despejarse, aumentaban a medida que la tarde se alejaba para dar paso a la gran velada. Giró la cabeza hacia el otro lado y suspiró, lo cual dejó la puerta abierta para su amiga.

—Hoy va a ser otra noche especial, lo sé —murmuró Bellatrix reprimiendo su tono jocoso—. Puedo verlo en tus ojos.

—Ya sabes que sí —respondió profundamente Erika con los ojos cerrados y tumbada sobre la camilla—. Me muero por verle.

—Ya le has visto esta mañana. De hecho, os veis todos los días. No creo que tengas tiempo de echarle de menos —dijo Bellatrix emitiendo una risita.

—Sí, pero no es lo mismo. No tiene nada que ver, son asuntos diferentes —alegó—. El trabajo es una pesadilla si se trata de pasar inadvertidos. Me vuelvo loca cada vez que le siento tan cerca y no puedo abalanzarme sobre él.

—Vaya, no eres precisamente una mujer inocente e inofensiva...

—Créeme, con Cameron, nada de eso está permitido. —Se mordió el labio—. Es diferente.

—Eso ya lo he oído antes.

—Esta vez va en serio. Nunca he conocido a ningún hombre como él.

—Sólo espero que merezca la pena. —Bellatrix movió los labios.

—Por supuesto que merece la pena, de lo contrario no perdería mi tiempo intentando verle todo lo posible.

Bellatrix pasó a los brazos, manos y dedos para el masaje.

—Hay algo que no entiendo —dijo.

—¿El qué?

—¿Por qué estás tan obsesionada con él?

Erika suspiró otra vez, a sabiendas de que ni siquiera su mejor amiga era capaz de entenderla.

—No es obsesión.

—Vale, entonces quieres decir que empiezas a sentir algo más que simple atracción.

Se quedó sin aliento.

—Claro que siento algo más que atracción. Es tensión, algo que no puedo describir con palabras. Es pura adrenalina, me hace sentir viva y muy deseada. ¿Qué tiene de malo?

—Erika, no te pongas a la defensiva. Aquí nadie ha dicho que sea malo. Lo único que digo es que empiezas a sentir algo más profundo y sentimental. No te andes con rodeos y ten el valor para decírmelo.

—¿Decirte qué?

—Todo el mundo podría darse cuenta. Estás enamorada de él —dijo su amiga mientras ponía los ojos en blanco.

El cuerpo de Erika sufrió una potente sacudida. Esas palabras constituían un asunto mayor y peliagudo. No quería ni oír hablar del tema.

—No, ni hablar. No quiero pasar por lo mismo de siempre. No quiero sufrir. —Su lengua se movió antes que su cerebro, intentando despejar todas las dudas—. Te garantizo que no estoy enamorada de él.

—Ya, pero no puedes engañarme. Vamos, te creo cuando dices que no le quieres, pero sé sincera. ¿Cuánto tardarás en hacerlo? Te pasas horas hablando de él sin parar, atenta a sus movimientos, esperando sus llamadas, sus mensajes... —Cruzó los dedos—. Eso no puede ser bueno para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Tú querías sexo, ¿recuerdas? Sin ataduras ni compromisos, sin querer ir más allá.

—Bellatrix, mírame. —Se incorporó levemente—. Por supuesto que sigo queriendo sexo. —Sus ojos brillaron de forma pícaro—. A día de hoy es lo más gratificante que he obtenido por parte de los hombres.

—¿Y ahora?

—Ahora también. —Elevó el rostro para aparentar serenidad—. Lo creas o no, nada ha cambiado.

—Pero nunca te había visto así, tan... plena.

—Eso es porque he aprendido a disfrutar al cien por cien. No niego que Cameron ha tenido mucho que ver, pero sigue siendo uno más.

—¿Uno más? —se burló—. ¿De qué estás hablando? Desde que andáis enredados te has olvidado del resto.

—Bueno, hay una razón.

—¿Cuál?

Contuvo el aliento antes de contestar.

—Me da absolutamente todo lo que necesito.

—¿Todo?

—Todo y más. —Se relamió los labios—. No creo que sea necesario jugar con varios si uno puede ofrecerme cosas que ni siquiera sabía que existían.

Bellatrix se divertía con esa descripción mientras proseguía con su trabajo.

—Ya veo que es imaginativo.

—No, eso es un calificativo muy pobre para describirle. Es un hombre... en todo el sentido de la palabra.

En ese momento el teléfono móvil de Erika sonó a lo lejos, pero ni se inmutó.

—¿No vas a cogerlo?

—No —contestó tranquilamente—. Por hoy, se acabó el trabajo.

—A lo mejor no es quien tú crees...

—Si estás pensando en Cameron, puedo asegurarte que no es él. Nunca me llama antes de encontrarnos.

—Puede que te equivoques.

—Será alguno de mis jefes insistiendo para que les eche un cable. No pueden hacer más de dos cosas a la vez —dijo Erika mientras negaba con la cabeza sin alterarse.

—Bueno, a juzgar por lo que has dicho hace un minuto, hay alguien que sí.

—Siempre hay excepciones.

Una parte del masaje acabó. Bellatrix proseguía, pero lanzó al aire algo inesperado. Su naturaleza era imperturbable, y el incesante deseo de averiguar más sobre el hombre que había embaucado a su amiga la tenía en ascuas.

—¿Y su mujer? —espetó.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No sabe nada de lo vuestro?

Ante esa pregunta inoportuna, Erika se dio parcialmente la vuelta y miró a su amiga con el ceño fruncido.

—¿Estás loca? ¿Cómo va a saberlo?

—Bueno, sólo preguntaba...

—Ya sabes lo meticulosa que soy para todo, y mucho más con esto. Me lo tomo muy en serio, y no quiero correr riesgos.

—¿Sabes? La mejor manera de no asumir ningún riesgo es dejar esa locura antes de que salga mal —suspiró su amiga mientras continuaba con el masaje.

No obtuvo respuesta. En su fuero interno, Erika sabía que Bellatrix tenía toda la razón, pero iba en contra de sus propias creencias. Se había hecho a él, ajustado a su medida y necesidad. No podía dejarle. Hacía que la vida tuviera sentido para ella.

—¿Me has oído?

—Claro que sí, pero ya sabes cuál es la respuesta.

—Como siempre, una negativa tajante.

—Y definitiva, Bellatrix. —Sólo imaginarse lejos de su perfecto caballero le destrozaba el corazón—. No pienso alejarme de él.

—Pero algún día tendrá que acabarse.

—Sí, pero no será hoy. —Su paciencia estaba llegando al límite.

—Pero...

—¿Qué?

—¿La conoces? Me refiero a su mujer —quiso saber su amiga, muerta de curiosidad—. ¿Has podido verla alguna vez?

—Sí —admitió con reticencia y molestia en su interior—. La he visto un par de veces en la oficina. Es realmente atractiva, eso es algo innegable, pero algún error debe haber en su matrimonio si él está dispuesto a buscar en otra lo que necesita.

—¿Y ella le será infiel?

—No lo creo. Elizabeth Moore es casta y fiel. Es de esas personas que lo dan todo por los demás. Sabe lo que tiene, y tal vez no quiere perderlo bajo ninguna circunstancia.

—Bueno, eso es algo que tenéis en común, Erika. Pero supongo que Cameron no puede partirse en dos. Tendrá que elegir.

Erika se levantó de la camilla de repente y se envolvió el cuerpo con el albornoz, dando por acabada la sesión.

—Ya lo ha hecho.

## 2

¶eran las once de la noche y estaba deseando que el tiempo volara sobre las manecillas del reloj. Sucumbía ante la espera ardiente y los delirios se sucedían de manera catatónica hasta alcanzarle el último tramo de piel que podía aspirar a mantener el control. Apenas había probado bocado, ya que el hambre que tenía no era fisiológica, sino una mucho más carnal. Por eso se mordía el labio con gran impaciencia.

Se había arreglado con delicadeza, vistiendo de categoría, con un carísimo vestido color burdeos de escote sugerente tanto por delante como por detrás, y una sugerente abertura a lo largo de la pierna. Llevaba el pelo suelto tal y como a Cameron le gustaba; unos finos pendientes de diamantes, maquillaje justo y tacones de prestigio. Estaba más que preparada, lista y a la espera. Los punzantes nervios a la altura del vientre seguían haciéndole compañía cuando llegó la hora de empezar con el ritual adquirido. Bajó en el ascensor rodeada de unos cuantos vecinos extremadamente curiosos y accedió a la calle, donde el portero ya estaba esperándola con la puerta del coche abierta.

—Gracias, Arnold —apuntó Erika.

—Como siempre, es un placer —contestó el anciano—. Que pase una buena noche, señorita Osborn.

Ella sonrió por ese comentario. Para qué mentir; era precisamente lo que pensaba hacer, disfrutar, dejarse llevar y volverse loca con el contacto de esos dedos y esas manos de



su dios romano, reencarnado en un ejecutivo actual que vestía con corbata y adoptaba múltiples formas para alcanzar sus objetivos.

Condujo con precaución, pero las manos tensas alrededor del volante delataban su inevitable ansia por llegar a su encuentro. Tenía tiempo más que suficiente para llegar y esperar, pero quedarse cruzada de brazos en casa no era una opción. Era propensa a buscar deliberadamente el peligro y la alta tensión ya recorría sus venas; la sangre le hervía, anhelando desesperadamente el impacto y la colisión de esos cuerpos que al parecer estaban destinados a entenderse, tanto en la cama como fuera de ella.

Aparcó el vehículo en una calle poco transitada y salió de él, comenzando una caminata que más bien podía compararse con un ritual de danza erótico. Las caderas seguían su movimiento; su cabeza, bien alta por encima de los hombros, el cabello bailándole sin dificultad, los ojos vivos y achispados por la promesa inminente de un nuevo vínculo que desataría su locura. Se sentía tan bien y con tanta gloria almacenada sobre su piel que albergaba con furia lo que estaba por venir.

Encontró el acceso al metro y no se lo pensó dos veces para bajar por el tramo de escaleras. No tuvo ningún tipo de problema cuando fue catapultada al punto de mira, desatando admiraciones desapercibidas. Todos los ojos de esos transeúntes nocturnos le hacían un hueco para que pudiera pasar. Era como si la perfección se hubiera quedado obsoleta a su paso. No había nadie como ella y, teniéndolo bien presente, proseguía su caminata mientras el público se cerraba en sí mismo para no caer fulminado bajo la atenta mirada fugaz de Erika.

Dejó que el tiempo volara hasta la media noche, hora en la que todo cambiaría... para bien. Se encontraba sentada en uno de los vagones del último metro que rondaba por Manhattan a esas horas. Había contado demasiadas estaciones pero ya no importaba, se estaba acercando al punto de partida y por ello se retorció las manos a la altura del regazo, con la piel de gallina, el pulso acelerado y las pupilas dilatadas. Todo un mensaje subliminal capaz de gritar bien alto esa promesa que no dejaría indiferente a ninguno de los dos. Tenía bien presente que aquel sería un grandioso regalo de cumpleaños, ya que había

### 3

A priori, parecía otro día sumido en la rutina en aquella interminable oficina, pero Erika sabía que no lo era. Se notaba en el ambiente, un no sé qué repartido en cada molécula condensada en el aire que aspiraba a convertirse en una promesa con el flamante título de objetivo cumplido. Todo se volvía eclípticamente agónico al verle pasear tan de cerca, como si Cameron sintiera la absoluta necesidad de merodear cerca de ella cual predador acechando a su indefensa presa, sólo que en ese caso, las tornas más bien adoptaban el papel inverso. Era ella la que llevaba los pantalones, capaz de volverle loco en cuestión de milésimas con el simple y majestuoso aleteo de sus pestañas.

Llevaba el pelo recogido en una cuidadosa coleta, como si de ese modo sus intenciones más primarias quedaran a resguardo del resto del personal, pero su camuflaje no duraría eternamente, sobre todo porque Cameron Moore se acercaba más y más, desintegrando la distancia y plasmando en un lenguaje no verbal todo lo que pensaba hacer con la joven si conseguían quedarse a solas. A decir verdad, era un milagro que aún nadie se hubiera dado cuenta de lo que sucedía entre ambos; saltaban chispas, y cada mínima insinuación era un paso más para forjar un eslabón que componía, precisamente, la cadena de pecados ante la cual era imposible no sucumbir.

Eran las doce del mediodía, y tras sobrepasar su límite consciente frente a un montón de interminables informes carentes de todo sentido emocional y excitante, Erika optó por

darse un respiro, y nada mejor que un café para evadirse. Por eso no dudó en servirse uno mientras disfrutaba del silencio en la gran sala que se encontraba en un punto estratégico para no llamar la atención. Era una estancia que mezclaba paneles de madera con cristal, plantas exóticas, además de encimeras, una mesa de roble justo al final y varias máquinas al servicio de renovados parásitos con traje y corbata demasiado ocupados en nada en particular. Consistía en una mera distracción, en un cubículo sin provecho, en una sala de tiempo muerto, o como ella prefería llamarla: habitación del limbo.

Todo iba bien hasta que el silencio tan deliberadamente buscado fue interrumpido por la presencia tan endiabladamente detestable de Vince, compañero de trabajo de Erika; musculoso pero con el cerebro del tamaño de un mosquito, piel bronceada hasta decir basta y una sonrisa tan exageradamente blanca que más bien se asemejaba a un Ken en la vida real. Lo malo es que se empeñaba en convertir a Erika en su particular Barbie, aunque ella no tenía ninguna intención de serlo. Aunque estuviera libre y sin compromiso, jamás se enredaría con alguien como él, un tipo cuyo lema era elevar la superficialidad a la máxima potencia, dejando de lado lo verdaderamente importante.

—¿Tomándose un respiro, señorita Osborn?

—Sí, algo así, Vince. ¿Qué tal tú? —Erika le sonrió de forma cortés, manteniendo su impaciencia bajo sus buenos modales

—Genial, mucho mejor ahora que te tengo para mí solo.

Ese era el típico comentario que conseguía hervirle la sangre. Por desgracia, y aunque lo había intentado por todos los medios, no podía evitar ser el punto de mira de ese tipo que la miraba de forma tan repugnante, reduciéndola a un simple trozo de carne, un burdo trofeo con largas piernas.

—¿Quieres un café? —preguntó tratando de desviar el tema.

Vince sonrió, dejando al descubierto sus pensamientos más inapropiados, teniéndola a ella como principal protagonista.

—Lo que quiero es otra cosa, pero supongo que ya lo sabes.

Erika comenzaba a perder la paciencia. Estaba atrapada, situada prácticamente en medio de la habitación, mientras que su enemigo vestido con un traje gris ceniza impoluto se encontraba justo delante de la puerta, convirtiéndose en un molesto obstáculo.

## 4



El congreso estaba siendo más aburrido de lo esperado y todavía quedaba otra jornada al día siguiente. Se levantaban temprano y exprimían sus cerebros al máximo para conseguir alguna que otra idea que resultara ser brillante. Referente al resto del día, en cuanto pasaban a ser simples personas con unas cuantas horas para el libre albedrío, la cosa cambiaba.

Erika había acabado por descubrir lo emocionante que podía llegar a ser la estancia en el hotel Grand Hyatt Seattle. Paseaba su figura por cada rincón, siendo consciente de que su silueta admirable despertaba las alarmas en el género masculino. Cada camarero o trabajador que pasaban cerca se deshacían en halagos hacia su persona y, para qué mentir, aquello le encantaba. Claro que también estaba la otra cara de la moneda. Saber que la mujer de Cameron estaba demasiado lejos como para sospechar nada incrementaba sus ganas de atraparle en su habitación y no dejarle salir bajo ninguna circunstancia, pero lo primero era el trabajo y debía por ello demorar su recompensa.

Por suerte, y para paliar sus altos niveles de hormonas revoloteando incesantemente por su sangre, optó por utilizar el gimnasio del hotel. Comenzó con la bicicleta estática para luego echar a volar a máxima potencia en la cinta de correr. El sudor le caía en graciosas gotas por la frente, resbalando por su espalda, pero aun así era capaz de ser el catalizador de todas las miradas. Podía verse reflejada en los cristales y se maravillaba con esa figura que tantas envidias hacía despertar. Tenía la ropa de deporte

literalmente pegada al cuerpo, y necesitaba con urgencia una ducha.

—Vaya, no esperaba encontrarte por aquí —dijo una voz a sus espaldas.

Erika dejó de correr de inmediato y se dio la vuelta. Cameron la miraba como si fuera un delicioso postre al que hincarle el diente.

—¿Y puedo saber por qué?

Él se acercó un poco más pero sin llamar la atención.

—Alguien como tú no debería estar tan expuesta ante los demás. —Levantó una ceja de forma interesante—. Deberías estar en mi habitación, sobre la cama y con poca ropa. Creo que eso sería bueno para los dos.

—Relájate —bromeó ella—. Ya llegará nuestro momento.

—Sí, pero no puedo esperar.

—Pues tendrás que hacerlo. —Se pasó por las sienes la toalla que tenía alrededor del cuello—. Recuerda que estamos en un sitio público, lo que significa que seguimos estando expuestos.

—Eso puedo cambiarlo. Déjame intentarlo.

—Te digo que no, Cameron. He venido aquí para hacer un poco de ejercicio y dejar la mente en blanco.

—Es curioso, yo tengo otra táctica con la que podrías conseguir los mismos resultados.

Tratando de ignorarle, Erika empezó a caminar hacia los vestuarios, pero él la seguía discretamente.

—Oh, Dios mío... Podría mirar durante horas ese cuerpo tan perfecto y no cansarme nunca, Erika. —Se le acercó por detrás—. ¿Sabes lo loco que estoy por ti?

Ella se soltó el pelo y le guiñó un ojo.

—Sé que te tengo en la palma de mi mano y eso conlleva una serie de normas. —Bajó la voz—. No creas que no he pensado en nosotros. De hecho, no hago más que pensar en todas las posibilidades, pero por esta vez se hará cuándo, cómo y dónde yo diga. ¿Estás de acuerdo?

—Lo que tú digas, nena. —Cameron hizo una reverencia exagerada.

—No me gusta que me llames así. —Ella frunció el ceño.

—Lo sé, pero a mí tampoco me gusta que me hagas esperar. —Se pasó una mano por el pelo revuelto—. Ojo por ojo.

## 5



¶Eran cerca de las diez de la noche, pero ella aún seguía allí. Más que su lugar de trabajo, ese condenado edificio lleno de oficinas había terminado por convertirse en su segunda morada. Pero la razón que la había llevado hasta allí estaba a punto de salir a la luz, corrompida por la rabia y la impotencia de saber que para el mundo, ella nunca dejaría de ser una pieza totalmente prescindible, la otra.

Después de lo de Seattle, Cameron no había querido seguirle el juego. Argumentaba que estaba demasiado ocupado y que lo principal era no levantar sospechas, pero Erika no recordaba haberle visto así antes. Sabía que tenía compromisos y aspectos importantes en su vida, pero dejarla a un lado suponía un duro golpe que no estaba dispuesta a tolerar, así que, si no podían verse fuera del trabajo, lo harían allí mismo, sin salir del edificio. Por eso lo había planeado todo, a expensas de cazarle contra su voluntad, para saber a ciencia cierta la verdadera razón por la cual la evitaba.

Habían acordado verse en la gran conocida sala de reuniones, esa de las paredes de cristal y la mesa enorme postrada justo en el centro, esa especie de búnker imaginario que parecía tener prendado al jefe.

La joven estaba de pie, respirando fuertemente, contando los segundos que transcurrían en el reloj plateado colgado en lo alto de la pared, anhelando, deseando un no sé qué, un ápice que le devolviera la seguridad de su entorno. No quería ni pensar en las

consecuencias nefastas para su salud emocional si su encuentro salía mal. Puede que Cameron fuera un hombre a veces con un talento magistralmente infantil e inepto, pero estaba segura de que sin él, sería una mujer trivial y carente de sentido. Odiaba reconocerlo, pero había terminado por descubrirse a sí misma gracias a él, y nadie más lo había logrado hasta la fecha. Su radar visual hizo sonar la alarma silenciosa que rodeaba sus ojos cuando percibió que la puerta acristalada del fondo se abrió, dejando un rastro de silencio armonioso que muy pronto dejaría de serlo.

El traje que le envolvía le delataba antes de tiempo. Era negro, con esa camisa blanca que le daba un contraste delicioso, el cuello a medio abrir, y los ojos expectantes. Su sonrisa medio escondida era una de sus muchas armas que dejaba a la vista de todos, pero era ella la protagonista de su presencia. Terminó por acercarse y entonces su fragancia se instaló en la sala.

—¿Qué hace alguien como tú tan sola a estas horas?

Bueno, al menos parecía haber mordido el anzuelo. Seguramente su mente pervertida habría estado procesando la información de una manera totalmente equivocada, esperando tener un encuentro salvaje y plenamente sexual en ese cubo de cristal, pero lamentablemente Erika tenía otros planes para él.

—Necesitaba un poco de intimidad —dijo colocándose el pelo detrás de la oreja, conteniendo las ganas de abofetearle allí mismo.

—¿Y puedo saber por qué?

—No necesitas preguntarlo, ya conoces la respuesta. —Arqueó una ceja—. Te estaba esperando.

Él sonrió, satisfecho.

—Lo suponía —dijo acercándose hacia su presa, inclinándose sobre Erika para besarla.

—Eh, no tan rápido, vaquero. —Le colocó una mano en el pecho para poner distancia entre los dos—. Si te he traído hasta aquí es por una buena razón, pero por desgracia no es lo que imaginas. Eso puede esperar. —Frunció el ceño y trató de parecer lo suficientemente convencida para dar el siguiente paso—. Tenemos que hablar.

Confundido, Cameron frunció el ceño y dio un paso atrás, presintiendo que no iba a ser la cita de sus sueños. Se metió las manos en los bolsillos del carísimo pantalón.

## 6

Tenía la desagradable sensación de que aquel día no iba a ser precisamente pasajero. Sentía un vaivén dentro de su pecho, como una especie de alarma silenciosa que hacía todo lo posible para prevenirla sobre esa mañana. Se había levantado temprano, más que de costumbre, así que se dio un buen baño de agua caliente y se sumergió, tratando de dejar la mente en blanco. Luego se llenó el estómago con una generosa taza de café, hasta que su mente se puso a funcionar al completo. Condujo de forma eficaz hasta el trabajo y aparcó en su plaza del aparcamiento dentro del edificio. Sus tacones resonaron contra el asfalto y, suspirando profundamente, se introdujo en el ascensor. Por suerte para ella, no había nadie, así que esa ascensión momentánea le serviría para despertarse definitivamente de su particular mundo de fantasía.

Los pisos subían como una exhalación, y cuando las puertas se abrieron en uno de ellos, vio al que era el hombre más detestable y ególatra de toda la compañía. Sí, allí estaba otra vez Vince, y cuando él se percató de que iba a subir en el mismo ascensor que Erika y que no había nadie más a bordo, cambió su identidad de profesional de corbata a perverso incurable. Entró lentamente y se colocó justo enfrente, evitando la tentación de cernirse directamente sobre aquella mujer.

—Vaya, qué agradable sorpresa —murmuró metiéndose las manos en los bolsillos.

—Siento no poder decir lo mismo —espetó Erika mirándole a los ojos, intentando acabar con eso lo antes posible.



—¿Nos hemos levantado con el pie izquierdo esta mañana, señorita Osborn?

Odiaba todo en él, pero en especial, el tono de su voz cuando pronunciaba su apellido. La reducía a una especie de ser inferior y ese no era el caso. Por eso su presión sanguínea aumentó cuando él se fue acercando, poco a poco, casi arrastrando los pies, reduciendo el espacio existente entre ambos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Erika con un timbre de soslayo que aparentaba temple mezclado con algo de agitación.

—Bueno, trabajo aquí. —Le guiñó un ojo—. Corrígeme si me equivoco, pero creo que los ascensores son de dominio público, lo que significa que no me estoy saltando ninguna regla por utilizar uno de ellos... aunque no te guste la idea de que lo compartamos en este preciso momento.

—No te acerques.

—¿O qué? —contraatacó—. No puedes hacer nada al respecto. Soy mucho más poderoso que tú.

—Pero no más inteligente, me temo.

Lejos de molestarle, sonrió. Se pasó una mano por el pelo y adoptó una pose de meditación, seguramente imaginando las posibilidades que aquel reducido espacio le brindaba.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes acosada? —se burló—. Esta vez nadie va a venir a salvarte, ni siquiera el idiota de Cameron.

—Sé defenderme yo misma, Vince. No necesito a nadie cubriéndome las espaldas —se defendió Erika plantándole cara.

—¿De veras? —Le cogió un mechón de pelo, ante lo cual ella reaccionó echándose hacia atrás—. Es una pena que no me permitas demostrarte lo excitante que me resultas. ¿Tienes idea de lo que podría hacerte si finalmente calleras en mis manos?

—De eso se trata. Algo así no pasará.

—Sólo es cuestión de tiempo. No puedes estar alerta continuamente. Llegará un momento en que te distraigas, bajes la guardia, y entonces... —Respiró con intensidad para oler el perfume de Erika—. Sucederá. Está escrito, nena.

—Estás más colgado de lo que creía. Eres un jodido enfermo, Vince. No tienes remedio.

—Ahí reside el encanto. No creo que deba cambiar. Me siento bien siendo quien soy.

—Eres un degenerado.

## 7

Con el único propósito de deshacerse de los nudos musculares que tenía acumulados en la espalda, Erika había llamado a Bellatrix para que acudiera esa misma tarde a auxiliarla. Habían pasado dos semanas desde el fatídico encuentro con Elizabeth, pero la joven Erika aún tenía grandes secuelas. Por supuesto, la asistencia a su puesto de trabajo había sido un calvario, y más cuando comprobó que Cameron había desaparecido. No sabía nada de él. No había vuelto a ponerse en contacto con ella y ese detalle tan importante la desesperaba por completo. ¿Qué tenía planeado? ¿Había renunciado a su puesto con tal de no seguir viendo a su ex amante? ¿Había provocado algún espectáculo para que le despidieran? ¿Tan poco le importaba que ya parecía haberla olvidado?

Erika abrió la puerta y su mejor amiga sonrió, tan radiante como siempre, pero esta vez parecía ir con cautela, como si tuviera miedo de meter la pata.

—Pasa.

—Siento la tardanza —se disculpó Bella—. Había un tráfico de locos.

—No te preocupes, ya no importa. —Se cruzó de brazos—. Últimamente nada importa.

—Erika...

—¿Qué?

Su amiga cambió de idea en el último segundo y prefirió no decir nada.

—¿Por qué me miras de esa forma? —espetó Erika con un mal humor que crecía como la espuma—. ¿Acaso crees que voy a romperme?

—No, supongo que no...

—Bien, pues entonces empecemos cuanto antes.

Ambas cruzaron el largo pasillo y fueron a la sala de los masajes. Erika se quitó el albornoz blanco de seda y se quedó desnuda sobre la camilla, tumbada boca abajo. Después, cerró los ojos y no volvió a mencionar palabra alguna. Sentía las manos de su amiga por la espalda, posicionándose en los puntos donde más incomodidad sufría.

—¿Últimamente sufres más tensión de lo habitual?

Por supuesto, era una pregunta ridícula, y Erika lo sabía. Era la estrategia que tenía su amiga de tantear el terreno. Pero no pensaba ponérselo fácil. Hablar del tema era lo último que le apetecía hacer, así que, si Bella quería respuestas, iba a tener que hacerlo mucho mejor para tentarla.

—Tengo dolores casi todos los días —se limitó a decir.

—Entiendo. —Subió las manos hasta los hombros y el cuello—. Tienes muchos puntos de tensión.

—Para eso has venido. Te pago para que los elimines.

—Oh, lo sé. Sencillamente quería asegurarme...

—¿De qué hablas?

—Bueno, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado... —Bellatrix carraspeó, indecisa.

Molesta por el interrogatorio, Erika se dio la vuelta sobre la camilla y la miró con frustración.

—Ya es suficiente, Bella. —Frunció el ceño—. Déjalo ya.

—¿Qué?

—Sabes muy bien de qué hablo. No soy idiota, y creo recordar que tú tampoco, así que dejémonos de estupideces. Sabes que no te funciona conmigo.

—¿Te enfadas conmigo simplemente porque me intereso por cómo te van las cosas? —Bella soltó un soplo de indignación.

—¿Y cómo crees que me está yendo? ¿Crees que estoy pasando por la mejor etapa de mi vida? —Apretó los dientes—. No, claro que no. —Sus ojos se humedecieron ligeramente.

—¿Estás bien? —preguntó Bellatrix.

## 8



Era un día precioso; sábado por la mañana, pero en lugar de quedarse en la cama para cumplir su querida misión de no hacer absolutamente nada y dormir durante horas, Erika había acabado en aquella cafetería de West Village a las diez de la mañana. No había tenido más remedio cuando, dos horas antes, Sarah, su compañera de trabajo a tiempo parcial y amiga, la había llamado, arrancándola de los brazos de Morfeo. Durante la breve conversación telefónica, medio dormida como estaba, apenas había podido entender unas cuantas palabras. Su compañera estaba tan emocionada que su velocidad al hablar se había multiplicado por mil. Por eso, intentando encontrar una solución a ese problema tan madrugador, Erika había decidido que lo mejor era verse para que pudieran hablar cara a cara. La había citado allí, y a pesar de arrepentirse, ya era tarde. Sarah estaba delante de ella, con los dedos puestos sobre la taza de café que había pedido, dos grandes surcos bajo sus ojos y un timbre en su voz casi insoportable.

—Gracias por venir —murmuró Sarah.

—De nada. —Sonrió forzosamente pero con tanto encanto que pasó desapercibida. Se mojó los labios en su café y suspiró, preparándose mentalmente—. Bueno, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar?

—No te lo vas a creer. —Sarah sonrió de oreja a oreja y terminó abanicándose con la mano, muy nerviosa.

En realidad, Erika ya se hacía una idea. Su amiga siempre se comportaba de la misma manera cuando un hombre entraba en su vida. Llevaba escrita la palabra «inocente» en la frente, y es que las relaciones con el sexo opuesto acababan, en el mejor de los casos, con algún que otro grito. No tenía suerte; era guapa y espabilada, pero tal vez carecía del encanto natural para dejar fluir las cosas. Era obsesiva, controladora y muy maniática. Su talón de Aquiles.

—Vale, sorpréndeme.

—He conocido al hombre de mi vida.

Erika arqueó las cejas. «Esta vez sí que se había superado en cuanto a comentarios carentes de todo raciocinio humano. ¿Qué sería lo próximo?», pensó.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente.

—De acuerdo, vayamos por partes. —Cruzó las manos sobre su regazo—. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Se llama Henry y es... único.

Erika tenía que hacer grandes esfuerzos por no reírse. Su amiga era tan propensa a enamorarse que ni siquiera podía describirla con la palabra enamoradiza. Iba mucho más allá.

—¿Cómo sabes que lo es? ¿Te ha dado tiempo a conocerle al cien por cien?

—Sólo una parte, pero de momento es suficiente.

—¿No crees que estás yendo un poco... deprisa? ¿Cuándo le conociste?

—Pues... —Jugueteó con uno de sus mechones—. Hace una semana.

—¿Una semana? —No se molestó en esconder su incertidumbre—. ¿Y ya sabes que es el adecuado para ti?

—Tendrías que verle, Erika. —Los ojos le brillaban—. ¡Es tan guapo!

—No dudo que el aspecto físico es algo importante en una relación, Sarah, pero tienes que entender que a veces hay que tomárselo con calma antes de atreverse a dar el paso...

—Pero sé que es él, lo sé. —Estaba enfrascada en su particular historia—. Creí que no pasaría de una noche de copas en un bar, pero me equivocaba. Fue él quien me dio su número. Me ha hecho sentir importante. Hemos comido juntos, me ha contado



Era un delicioso viernes por la tarde y todo invitaba a buscar con el mayor énfasis posible evadirse del trabajo. El grupo formado por David, Erika, Sarah y Adam ya estaban en ello, tratando de trazar un plan lo suficientemente atractivo para todos.

—Yo opto por una cena tranquila —apuntó David.

—Oh, pero qué aburrido eres —gruñó Sarah cruzándose de brazos—. Yo quiero mover el esqueleto, ¿sabéis? —Se volvió hacia Erika y Adam—. ¿Vosotros qué opináis?

—Creo que a mí también me apetece bailar un poco —dijo Adam con media sonrisa en la cara.

—Esa es la actitud. ¿Qué dices, Erika? ¿Te apuntas?

—No lo sé... No creo que sea lo mejor para mí.

—¡Venga ya! ¡Eres joven! —exclamó su amiga—. ¿Acaso no mereces al menos una noche de baile y desenfreno?

—Eso era antes. —Se encogió de hombros—. Ya no tengo veinte años.

—No, pero tampoco tienes cuarenta. Vamos, cariño. Estás en la flor de la vida. Si no lo disfrutas ahora, ¿cuándo lo harás?

Se lo pensó un momento y al final acabó por ceder, como de costumbre.

—De acuerdo, está bien. Iré.

—¡Genial! —exclamó la rubia alzando el pulgar en el aire—. Te aseguro que no te arrepentirás.

—Eso espero. No quiero tener resaca por la mañana.

—Bueno, mañana será sábado, ¿qué problema hay?

Eran las doce y media de la noche, y Erika acababa de entrar en la discoteca que Sarah había escogido. Estaba totalmente abarrotada por cientos de personas que se movían sin parar. Sin embargo, no pasó precisamente desapercibida. Llevaba un cortísimo vestido color ciruela que dejaba al descubierto sus espléndidas piernas y contaba con un preciso escote que enseñaba lo justo. Se había propuesto causar un gran revuelo, y así estaba claro que lo iba a conseguir. Los chicos giraban sus cabezas para admirarla, soltaban algún que otro silbido que pasaba desapercibido debido a la música estridente que sonaba, y sonreían como auténticos pasmarotes.

Miró a su alrededor y cuando visualizó a una chica rubia con escote sobresaliente y tacones de infarto meneando las caderas con un furor fuera de lo normal, supo que había encontrado a su amiga. Se acercó y le dio un golpecito en el hombro.

—¡Por fin! —exclamó Sarah—. Creí que no vendrías.

—Te dije que lo haría. —Le sonrió con ganas—. Además, quiero pasar una buena noche.

—Y eso harás. —La miró fijamente—. Estás espectacular, ¿lo sabías?

—Gracias. Es lo primero que he encontrado.

—Seguro... —Le guiñó un ojo.

—Oye, ¿dónde están los chicos?

—En la barra. —Le indicó con un gesto—. Ven, acerquémonos.

Las dos atravesaron la barrera de gente humana y llegaron a su destino. Cuando Adam y David vieron el espectacular vestido que Erika llevaba puesto, se quedaron con la boca abierta.

—Joder... —dejó escapar Adam—. David le dio un codazo en el costado y logró que reaccionara—. Lo siento, quería decir que... —Sonrió con vergüenza, llevándose una mano a la nuca—. Estás preciosa.

—Gracias, Adam.

—¿Te... apetece una copa?

—Sí, ¿por qué no?

La noche se antojaba previsible, aunque no sin cierto encanto. Erika no recordaba cuándo había sido la última vez que sus pies la llevaron a un sitio así. Antes de llegar, había supuesto que se aburriría tremendamente, aguantando los pipos de borrachos



De una forma u otra, aquel día iba a ser inolvidable. Erika estaba frente al espejo dando el visto bueno a su apariencia, ya que debía ser exquisita para el evento que se iba a celebrar. Y es que Alice, una de las hijas del jefe, el señor Harris, se iba a casar por todo lo alto, a media tarde, con unas impresionantes vistas de la playa en los Hamptons.

Lo malo era que irremediablemente acudiría sola, sin un acompañante formal, pero al menos así no tendría que fingir. Hasta Adam le había pedido que fuera su pareja para hacerles un favor a los dos, pero Erika había optado por declinar la invitación. Por nada del mundo le habría dicho que sí; hubiera sido igual que darle alas a algo que no podía ser.

Estaba nerviosa, eso era innegable, pero sabía disimularlo muy bien bajo su sonrisa triunfal y encantadora. Daría de qué hablar nada más poner un pie en la impresionante mansión, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Mientras tanto, lo primero era lo primero, y antes de salir en camino, quería cerciorarse de que su aspecto era el adecuado, sin carencias ni estragos. Lejos de querer ser pretenciosa ni vanidosa con su imagen reflejada, lucía digna de la mejor de las galas; estaba radiante. Por suerte, había tenido algo de ayuda por parte de Bellatrix. No sólo era una experta en renovar el cuerpo a base de increíbles masajes terapéuticos; también tenía un ojo de halcón y un gusto exquisito para saber qué era lo más adecuado para cada ocasión.



Ella estaba allí, con los brazos cruzados y asintiendo de vez en cuando para demostrar lo mucho que le gustaba el atuendo de su amiga, un espectacular vestido asimétrico en color coral que le llegaba a la altura de las rodillas y le hacía resultar toda una musa.

—Debo admitirlo, nunca te había visto tan resplandeciente.

Erika agradeció ese comentario sin preámbulos.

—Gracias, Bella. Pero no lo habría logrado sin ti. Fuiste tú la que me aconsejó que escogiera este.

—Pues me alegro de haberlo hecho. —Se acercó poco a poco, rodeando a Erika—. Eres tan elegante... Por supuesto, ese peinado te da un aspecto todavía más jovial.

En efecto, Erika había optado por no complicarse con peinados imposibles. Se había conformado con engalanar su pelo en un sencillito recogido con un broche de plata. Le resaltaba las facciones, y sus ojos habían incrementado su color. No iba a ser la novia, pero sí una de las mejores vestidas y admiradas.

—Oye, aún no sé la identidad de la afortunada. ¿Quién se casa? —preguntó Bellatrix.

—La hija menor del señor Harris.

—Vaya... —Se quedó pensativa un momento—. ¿Y te ha invitado?

—A mí y a media empresa. —Puso los ojos en blanco—. Quiere que veamos lo poderoso que es.

—Entonces, eso quiere decir que por lo menos habrá más de cien invitados.

—No sé cuál será la cifra exacta, pero te garantizo que serán más de un centenar. Sabiendo que puede gastarse todo el dinero del mundo en una celebración así, no escatimará en gastos. Hasta ha invitado a unos cuantos periodistas.

—¿En serio? ¿Te veré en los periódicos?

—Haré todo lo posible por evitarlo. —Erika sonrió y negó con la cabeza.

Su amiga de ropa oscura se acercó a la ventana de la habitación y se quedó mirando las bonitas vistas de Central Park. Suspiró y, cuando volvió los ojos al interior, confesó:

—Si yo fuera tú, no sé si sería capaz de ir.

—¿Por qué?

—Es algo demasiado pretencioso. Encajas en cualquier sitio, pero seamos realistas. ¿A cuántos invitados conoces?

Días después, Erika aún estaba conmocionada, metida en su particular burbuja de aislamiento sin poder encontrar ninguna explicación a lo ocurrido. Para ella, parte de su mundo se había desmoronado. Ya no sabía si respirar de alivio, llenarse de frustración o culpabilizarse por lo que vio. ¿Cuándo entraba en juego su responsabilidad? ¿Había sido la causante de la ruptura de ese matrimonio por partida doble?

Aquel jueves fue directamente a casa después del trabajo. Se comportó de manera normal, pero por dentro la cosa cambiaba. Después de una comida ligera y una ducha reconfortante, se pasó toda la tarde en el sofá, abrazada a un cojín y tratando de distraerse con la televisión, pero fue inútil. Su cabeza iba por delante en cuestiones de pesimismo. Era imposible no darle vueltas al asunto una y otra vez. Ahora había traspasado la línea, consciente de que su estabilidad dentro del propio engaño creado ya no volvería a ser lo mismo. Apenas hablaba con Cameron, y a pesar de la clara insistencia por parte de él para averiguar lo sucedido, no le había dado ninguna explicación. Se limitó a ignorarlo, a dejarlo pasar. ¿Cómo podría plantarse delante y decirle que su mujer se lo pasaba en grande con su primo?

A la hora acordada, Bellatrix llegó. Entró con un semblante neutral, se sentó a su lado y le brindó todo el apoyo necesario. Erika le había puesto al corriente y su opinión no se hizo esperar.

—Aún me cuesta creerlo.

—Dímelo a mí —susurró Erika—. No puedo quitármelo de la cabeza. Fue horrible... No debí seguirla.

—Cariño, no sabías lo que iba a pasar. No puedes culparte. —Le dio un cariñoso apretón de manos—. Además, has averiguado la otra cara de la moneda. Elizabeth Moore no es la inocente que creías que era. Ha ido mucho más lejos.

—Si la hubieses visto...

—No dudo de tu palabra, pero ¿estás segura de que era ella?

—Por supuesto que sí. —Asintió con pura convicción—. Sé lo que vi.

—De acuerdo, te creo. —Suspiró—. Esto da un giro inesperado a los acontecimientos. Y Cameron...

—¿Qué?

—¿Vas a decírselo?

—No sé cómo... —Los ojos se le humedecieron—. No puedo.

—Claro que puedes. Tiene derecho a saberlo.

—Sí, pero aun así...

—Míralo de este modo. Por fin podréis estar juntos sin sentir remordimientos.

—Tú no lo entiendes, Bella. —Los nervios aplacaban su cordura—. ¿Y si la culpa es mía? ¿Y si engaña a Cameron porque sabe que él y yo estamos juntos?

—Eso es imposible. De todos modos ya no importa. Ambos han roto el matrimonio que les unía.

—Sí, pero no sé cómo sentirme al respecto. Todo es tan confuso... Se supone que debería alegrarme, pero en lugar de eso, me siento fatal.

—Pues no deberías. No pierdas ni un segundo de tu tiempo en compadecerte de ella. Sabe jugar sucio; lo has visto con tus propios ojos.

Erika asintió sin mucha convicción y continuó:

—Lejos de aclararme, esto me confunde más. Creía que le quería, pero si le engaña... ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué siguen juntos? Se mienten el uno al otro.

—Eso se escapa a tu control. No puedes hacer nada al respecto.

—Lo sé. —Bella la miró con una determinación repentina durante varios segundos y sus ojos brillaron—. ¿Por qué me miras así? —preguntó Erika.

Cenar en el mejor restaurante de Nueva York había sido idea de Sarah, por supuesto. Siempre tenía un as escondido bajo la manga y al parecer estaba más que dispuesta a interpretar el papel de celestina. Su objetivo, como era de esperar, era lograr juntar a Erika con Adam, y aunque ella se había empeñado en demostrarle que ese era un asunto mucho más que imposible, su amiga rubia quería demostrar que se equivocaba.

Habían tomado unos exquisitos primer y segundo plato, pero aún tenían sitio en el estómago para degustar alguno de los deliciosos postres de la carta. Había tantos para elegir, que la boca se les hacía agua.

—Creo que voy a pedir... un *brownie* con nueces —comentó Sarah—. ¿Y vosotros? ¿Ya lo habéis decidido?

—Me temo que yo estoy lleno —apuntó David llevándose las manos al vientre.

—Yo tomaré la *cheese cake* —dijo Adam.

—Yo quiero un helado de chocolate —dijo Erika sin pensárselo demasiado.

Minutos después, todos estaban saboreando sus respectivos postres, pero Erika estaba más ausente que de costumbre. Apenas había abierto la boca durante la cena, y es que su mente se refugiaba en un lugar donde nadie podía acceder, sólo ella.

Se llevó la cuchara a la boca y degustó el helado sin prisa, con la mirada perdida y su cabeza con el piloto automático encendido.

—Erika... —murmuró Adam observándola con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—Te has manchado la comisura del labio...

—¿Sí? —Se llevó un dedo a la zona—. ¿Aquí?

En ese momento, Adam cogió su servilleta de tela y se propuso echarle una mano.

—Espera, deja que te ayude... —Le limpió cuidadosamente la nata mientras la miraba distraído. Estaba loco por ella.

Todos se quedaron mudos por un instante, con un silencio mucho más que incómodo. Sarah carraspeó, así que Erika reaccionó de nuevo, avergonzada.

—Eh... Gracias —dijo.

Adam se echó hacia atrás y agachó la cabeza, sabiendo que aquel gesto, aunque inocente, no había sido el más apropiado.

—De nada.

No volvieron a sacar ningún tema de conversación auténticamente relevante y cuando salieron del restaurante dieron un pequeño paseo por el bajo Manhattan. Sarah se encargaba de quedarse dos o tres pasos por detrás de Erika y Adam. A su entender, la chispa llegaría en cualquier momento.

—Bueno, me temo que ya va siendo hora de partir. David y yo tenemos que irnos —soltó de repente pillando al resto desprevenido—. Cogeremos un taxi.

—¿Qué? ¿Por qué? —espetó Erika sabiendo lo que en verdad quería decir.

—Ya sabes, se hace tarde.

Erika se acercó a su amiga y la cogió del brazo.

—¿Podemos hablar un momento? —Se la llevó a la esquina de la calle y habló en voz baja—. Sarah, por favor... Ni se te ocurra dejarme a solas con él.

—¿Por qué? Ya eres mayorcita, puedes cuidar de ti misma —dijo en tono burlón—. Tal vez acabes la noche con algo de compañía masculina. No está nada mal, ¿eh?

—No me hagas suplicar. —La sujetó con firmeza de la muñeca—. No puedes hacerme esto.

—Por supuesto que puedo, Erika. Te estoy haciendo un favor.

Ella maldijo por dentro.



Habían pasado unas cuantas semanas desde que Elizabeth decidiera interrumpir en su ordenada y pulcra vida para hacerla pedazos. Para Erika, guardar silencio de forma prematura había sido su inevitable elección para salir del paso, pero a fin de cuentas no constituía una auténtica solución. Tarde o temprano su conciencia o lo poco que quedaba de ella haría explosión, rompiendo las cadenas del silencio que traían consigo una dolorosa verdad para el hombre que amaba. Se había convertido en un títere en las manos menos apropiadas, estableciendo el caos más absoluto en todas y cada una de sus facetas. Ya no sabía qué pensar ni cómo comportarse frente a los demás. El mundo se le antojaba demasiado pequeño ahora que sentía la presión de la sogá contra la piel de su cuello. Y no saber qué decisión tomar la estaba matando.

Lo había hablado con Bellatrix, rogando su opinión y concienzudo consejo, y esta había optado por el honor a la verdad. No obstante, Erika sucumbía ante la ambigüedad. No importaba cuántas veces meditara sobre ello; la balanza no terminaba por inclinarse. Permanecía inquebrantable en un punto medio. No se trataba de la pérdida de su trabajo lo que más peso tenía en su conjunto de costes. El temor iba mucho más allá. Odiaba imaginarse lejos de él, al haber sido rechazada por guardar un secreto que afectaba hasta al más leve pilar.

¿Cómo decírselo? ¿Cómo atreverse a mirarle fijamente mientras ese tipo de palabras hirientes iba a destrozarle sin reparos?

¿En qué posición quedaría ella? ¿Acabaría Cameron con esa relación clandestina que de manera tan íntegra les unía?

A pesar de todo, le quería. Le adoraba más que a nadie y por encima de cualquier cosa. Deseaba su felicidad antes que la suya propia, y si para eso debía renunciar a estar a su lado, prefería arrepentirse por haberlo hecho antes que reconocerse como una mujer cobarde y egoísta. Lo haría, se lo contaría todo. Lo que sucediera después escapaba a su control. Probablemente, si las cosas salían mal y terminaba sola, triste y desolada, acabaría por odiarse a sí misma. Por desgracia, era consciente que en la situación inversa, ella querría saber la verdad, por eso iba a abrir la boca y a ser testigo directo de cómo las creencias inamovibles de Cameron se truncaban por el simple hecho de escucharla.

Se había preparado concienzudamente para buscar el momento adecuado y soltarlo a bocajarro, pero pasar un precioso sábado a su lado, no había ayudado en absoluto. Después de maravillarse con la ciudad de los rascacielos gracias a una estupenda temperatura, un sol prominente y horas de libertad para disfrutar de la compañía del otro, habían acabado en casa de ella. Una deliciosa cena a base de pasta y un buen vino para acompañar había servido como aliciente para terminar la jornada por todo lo alto.

Resguardados bajo las finas sábanas, los dos permanecían abrazados en la cama después de haber hecho el amor de forma dulce y tentadora. Erika se encontraba prácticamente dormida en los brazos de él, a medio camino entre la lucidez y el estupor, pero percibiendo a través del contacto unos acompasados latidos del corazón de Cameron. Era su rincón preferido en el universo, pero caminaba sobre la cuerda floja y no podía olvidarse de ese asunto pendiente que debía desvelar muy a su pesar.

Tiempo después, cuando abrió los ojos de nuevo, la otra parte del colchón estaba vacía. Se incorporó de inmediato y miró en todas direcciones tratando de distinguir la silueta esbelta y masculina a través de la oscuridad, pero en la habitación sólo estaba ella. Se puso el camisón de satén negro que colgaba de una silla y salió al pasillo. No se oía nada salvo la ligera presión de sus pies descalzos sobre el parqué, por lo que inevitablemente

Erika había decidido hacer girar las tornas. Definitivamente, los papeles iban a cambiar. Ya sabía lo que se sentía al verse acorralada de manera involuntaria, y por una vez quería enfrentarse de lleno a la situación tan comprometida que tenía entre manos. Puede que Cameron prefiriera dejar las cosas tal y como estaban por miedo a empezar una batalla legal contra Elizabeth, y cuyo resultado más atroz supusiera la pérdida de su hijo, pero ella no pensaba ceder.

Todo, sin excepciones, tenía un punto débil. Sólo debía encontrar el de Elizabeth Moore. Por nada pretendía dejar las cosas al azar. Deseaba con todas sus fuerzas demostrar que aun en el peor de los casos, podía renacer de sus propias cenizas y convertirse en una versión mejorada de sí misma.

El primer paso residía en encontrar la manera de convencer a Cameron para que entrara a formar parte del juego. Era la pieza fundamental, y sin él, ni siquiera podría empezar. Tenía que lograr una buena estrategia, y por ello realizó una ardua tarea de localización de las personas idóneas que podían ayudar. El antecedente consistía en encontrar a la figura legal que les representara, ya que lo peor vendría después. El divorcio (si es que Elizabeth cedía ante la demanda de su marido) y el posterior juicio para la custodia de Tommy. Iba a ser un plan enrevesado con múltiples opciones, pero a Erika le bastaba con intentarlo. Desde luego tenía todas las papeletas de convertirse en un caso único, en el que un juez tendría que decidirse por uno de los





Por acercarse al menos un poco a la tosca y bruta realidad, se podía decir que aquel era el día más arriesgado y tenso de sus vidas. Habían acordado ir de frente y demostrarle a Elizabeth que iban a suponer todo un reto en el conflicto legal; dos grandes oponentes en los juzgados.

Tras un par de semanas planeando la estrategia adecuada, analizando una posible emboscada, recopilando pruebas y asegurándose de la veracidad de los hechos ocurridos, decidieron sorprender a Elizabeth in fraganti para que no tuviera ninguna posibilidad de negar sus escauceos amorosos. Por ello decidieron convertirse en su sombra a la hora señalada, después de salir del trabajo. Cameron le había hecho creer que tenía el camino libre al declarar que se quedaría hasta tarde programando una importante reunión para la empresa, así que su mujer picó el anzuelo sin apenas esfuerzos. Tras dejar a Tommy con la niñera, no perdió el tiempo en llegar a su destino. Cameron y Erika la siguieron con cautela hasta las afueras de la ciudad, en una acomodada zona residencial donde más tarde se reuniría con Clyde.

Pese a ser conscientes de que sus intenciones de salir de allí con los papeles del divorcio firmados por la todavía mujer de Cameron eran casi nulas, preferían seguir adelante. Separarse constituía alcanzar el primer nivel. Más adelante, ambos tendrían que sacar la artillería pesada cuando el tema en cuestión fuese la custodia de su único hijo.

El encanto de ese entorno alejado del bullicio de Nueva York concedía una gran privacidad. Desde luego, Elizabeth no solía descuidar ningún detalle, pero estaba a punto de ser descubierta y ni siquiera podía imaginárselo.

La pareja de amantes esperó en el interior del coche a que la susodicha protagonista saliera de su vehículo para justo después perderse de vista en el interior de la casa, la cual contaba con una arquitectura férrea y elegante. Sin escatimar en gastos. Durante el trayecto había permanecido en silencio, tal vez preparándose mentalmente para el choque que estaba por venir.

Cuando pasaron los cinco minutos de cortesía, Cameron pisó el acelerador sin hacer vibrar en exceso el motor y aparcó a pocos metros de la entrada principal. Quitó la llave del contacto, se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del coche. Erika le imitó no sin cierto pesar en el pecho. Odiaba actuar a ciegas, pero ya no podía marcharse.

No se escuchaba ningún ruido por los alrededores, así que Cameron se adelantó. Con el cuerpo ligeramente flexionado hacia delante y con inaudibles pasos, se plantó delante de la puerta y asió el inmenso picaporte de acero cromado. Para su sorpresa, comprobó que estaba abierta. Enderezó su cuerpo y se dispuso a entrar.

—Espera –susurró Erika cogiéndole del antebrazo en el último segundo—. ¿Seguro que quieres hacer esto?

—Sí. ¿Y tú?

Asintió en silencio.

—Lo deseo tanto como tú. Sólo quiero que seas consciente de nuestros actos.

—Lo estoy. –Le acarició la mejilla de forma leve—. Muy pronto todo esto habrá acabado y estaremos juntos, pero antes tenemos que pasar por lo peor.

—Tienes razón.

—¿Preparada? –Dejó escapar una larga y tensa bocanada de aire—. Después de ti.

La puerta se abrió hacia dentro e irrumpieron en la propiedad privada, consistente en un enorme recibidor, altos techos y un color neutral que coloreaba toda la fachada visible. No había ni rastro de ninguno de los dos culpables. Prosiguieron su andadura con pies de plomo y los corazones al borde de un ataque.



Aquel día el cielo se había teñido de un gris profundo. Las nubes eran espesas y se avecinaba tormenta. En el apartamento de la Quinta Avenida, Cameron Moore y Erika Osborn permanecían a la espera de la hora indicada, justo cuando se encaminaban hacia los juzgados, empezando la disputa que les llevaría a una victoria, o por el contrario, a una derrota amarga con sabor a soledad paternal.

Erika había optado por lucir uno de sus trajes de ejecutiva en tono azul oscuro; la falda de tubo y la chaqueta de dos botones la hacían parecer discreta y seria, justo lo que necesitaba dar a entender, nada de excentricidades que desviarán la atención del tema principal. Una elegante cola de caballo recogía su pelo y unos finos pendientes de perlas adornaban sus orejas. Se había analizado más de un millar de veces con ese atuendo y deseaba conseguir la aprobación de esas miradas que la observarían de la cabeza a los pies.

Por su parte, Cameron iba vestido con un traje recientemente adquirido de tono grisáceo oscuro formado por pantalón, chaleco y chaqueta. Una bonita corbata negra y una camisa blanca inmaculada coronaban su aspecto. Estaba increíble, y Erika quiso hacérselo saber.

—Ese traje de tres piezas te sienta de maravilla, Cameron. —Al ver que él dudaba, sonrió—. Hablo en serio.

—Bueno, sólo quiero causar buena impresión —gorjeó frente al espejo divisando a su doble en el cristal.

—Lo harás. Mírate, estás impecable. —Detuvo la mirada en el chaleco, uno de sus muchos puntos débiles—. Eres tan elegante... Podría mirarte todo el día.

—Pues me temo que tendrás que dejarlo para otra ocasión. Tenemos un juicio pendiente. —Sólo la idea le sombreaba su bonito gesto—. Uno de tantos, en realidad...

—Va a salir bien. —Se posicionó junto a él, observando el reflejo de ambos. Hacían una pareja exquisita.

—¿Por qué pareces tan convencida?

—No lo sé, pero lo siento aquí. —Se señaló a la altura del pecho—. Mi corazón lo presiente.

—Rezo para que no te equivoques.

—¿Desde cuándo eres un devoto católico practicante? —fanfarroneó ella tratando de hacerle reír, cosa que consiguió a medias.

—Hechos inesperados... respuestas desesperadas.

—Si quieres tener fe, ten un poco de fe en ti. —Le apuntó con un dedo sobre la sien—. Puedes hacerlo, y yo estaré en la sala, escuchando todo lo que digas.

—¿Y si no soy lo que ellos esperan? Peor aún, ¿y si descubro que no soy lo que espero... de mí mismo?

—No digas tonterías. —Le ajustó el nudo de la corbata; una especie de ritual al que nunca renunciaba—. Estás preparado para meterte a todas esas personas en el bolsillo. Recurre a tu carisma y a tu incalculable experiencia. Siempre lo has hecho y, que yo recuerde, nunca se te ha dado mal.

—Ya, pero no hablamos de una negociación empresarial con adversarios de una compañía que compite por los mismos recursos. —Apretó los puños—. Está en juego mucho más que la satisfacción de nuestros jefes.

—En efecto, por eso vas a ofrecerles tu mejor versión. —Le tocó el pecho—. Está ahí dentro, cielo. Sólo tienes que sacarlo.

Sin mediar más palabras, él la estrechó entre sus brazos y la besó en la sien. Respiró cerca de su cabello y emitió un sonido casi imperceptible de aprobación. Erika siempre solía oler de maravilla.

—Cuidado —susurró ella odiando tener que separarse del dulce e inesperado contacto—, no querrás arrugarme el traje y que todos lo vean, ¿verdad?

## EPÍLOGO



Seis meses después...

Todo el infierno parecía haber acabado. Las angustias, las presiones en el pecho y las visitas a los juzgados tenían por fin el cartel de finito. Tras una ardua batalla en los tribunales que parecía que no acabaría nunca, un giro inesperado a los acontecimientos cobró vida. La inquebrantable y aplastante seguridad que había caracterizado el semblante de Elizabeth desde el principio, se vio truncada de la noche a la mañana cuando su sueño de poder quedarse con su hijo se vio reducido a la nada, convertido en cenizas y destrozando sus profundas convicciones. Logró quedarse con el domicilio familiar y con toda clase de pertenencias, pero muy a su pesar, había perdido lo que más le importaba. No supo cómo convencer a las autoridades de que ella era la más adecuada para ejercer el papel principal en la crianza del niño, y su relación con Clyde –altanero, provocativo y emocionalmente discordante– no ayudó en absoluto. Su falta de modestia se hizo patente y cuando obtuvo la sentencia, incapaz de asimilarlo como un adulto recio y racional, perdió el control. Dejó de comportarse de acuerdo a las normas y cometió la estupidez de intentar impedir que el traslado de Tommy se llevara a cabo. Hasta Erika se vio afligida por aquella acción desesperada. Puede que la odiase, pero respetaba ese instinto maternal que veía reflejado en sus ojos.

Al otro lado de la balanza, Cameron Moore había vuelto a nacer. Hinchido de orgullo, pletórico, risueño y eufóricamente catatónico, había logrado lo que parecía imposible, lo que antaño creía que jamás podría suceder. Tras pelear ante el juez de forma incansable, exponiendo férreos argumentos a su favor, consiguió satisfacer los requisitos indispensables para hacerse cargo de su pequeño, demostrando que estaba cualificado para desempeñar al completo las labores como un padre entregado. Alcanzó la meta que hizo que tanto esfuerzo mereciera la pena: obtuvo la custodia exclusiva de Tommy, mientras que a su ex se le impuso un flexible régimen de visitas de varios días a la semana incluyendo fines de semana alternos.

Decididos a reescribir su historia para darle el enfoque adecuado, Erika y Cameron decidieron alejarse de Manhattan, y no tardaron en encontrar el sitio perfecto para comenzar a vivir juntos, como una auténtica pareja. Compraron una gigantesca casa de dos pisos, jardín y porche trasero a las afueras de Nueva York, en Riverdale, donde podían disfrutar a sus anchas sin que nadie les lanzase miradas de desaprobación y rodeados de naturaleza. No se podía pedir nada más.

El traslado estuvo acompañado de diversas modificaciones, en especial, de la renuncia de Erika a su puesto de trabajo. El escándalo no tardó en hacerse oír, y aunque el señor Harris sentía un gran afecto por ella y estaba dispuesto a mantenerla como su mano derecha, la joven declinó la propuesta y se despidió de sus compañeros. Sarah, David y especialmente Adam se llevaron una gran sorpresa. Pese a todo, y en contra de las habladurías, le desearon lo mejor, prometiendo que mantendrían el contacto de forma asidua. No tardó demasiado en encontrar otro empleo, nada más y nada menos que como redactora en el *New York Times*, gracias a una milagrosa y generosa carta de recomendación.

Cameron se mantuvo impassible, trabajando en la misma empresa, tolerando toda clase de comentarios a sus espaldas, pero el salario era muy elevado y saber que al final del día podría reunirse con la mujer que amaba era un fuerte incentivo para hacer oídos sordos. Volvía a sonreír, a ser él mismo de verdad, el Cameron de mirada intensa e irreplicable.

En cuanto a la relación de Erika y Tommy, las cosas no podían ir mejor. El niño supo ver en ella una mujer con la que